CAPÍTULO XVI.

Garibaldi marcha á Marsella.—Se embarca para Túnez.—Llega á los Estados Unidos de América.—Se le recibe con entusiasmo.—Se traslada á Inglaterra como marinero.—Se establece en la isla de Caprera.

Garibaldi no se consideraba seguro en Niza, como ya hemos dicho, y por lo tanto, marchó á la isla de Caprera, donde permaneció algun tiempo, vigilado por el Gobierno de Cerdeña. Por fin, persuadido de que en aquellos momentos no podria ser útil á Italia, ni vivir tranquilo en Niza, en Caprera, ni en punto alguno de su pais, dirigióse á Marsella, donde habia muchos italianos y franceses liberales.

¡Cómo habian cambiado las cosas desde la primera vez que visitó dicha ciudad! Durante el intérvalo transcurrido entre el primero y segundo viage, habia mandado escuadras, defendido y asaltado ciudades, conducido ejércitos á la batalla, y combatido, en fin, á los tiranos, infundiendo á las naciones un espíritu de generoso patriotismo. Eso no obstaba, sin embargo, para que no se creyese tampoco seguro en Marsella, pues no era de esperar que el Gobierno francés tolerase que un hombre que habia humillado á su ejército, oponiéndose á los planes del Presidente en Roma, y cuya influencia bastaba para convertir en patriotas á cuantos le trataban de cerca, permaneciera en el pais.

Garibaldi, pues, permaneció muy poco tiempo en Marsella, y resolvió marchar á Túnez, pero tambien este punto era peligroso para el patriota italiano; África le rechazaba lo mismo que la Europa continental, y á los pocos dias, embarcóse en un buque que se hacia á la vela para Nueva York. Garibaldi habia admirado siempre á la República del Norte de América, y esperaba encontrar hospitalidad en el Nuevo Mundo hasta que la Providencia le deparase una oportunidad para servir de nuevo á su querida Italia. Al desembarcar en Nueva York, en el verano de 1850, fué recibido con entusiasmo, y para ganar el sustento, formó sociedad con un honrado ciudadano, fabricante de velas y jabon. Un compatriota que fué á verle entonces y que le encontró en la isla de Staten, dice de él lo siguiente:

«Cuando se presentó á mí, estaba grasiento, sucio, y muy cambiado desde la capitulacion de Roma; la muerte de Anita habia impreso en su semblante un sello de tristeza que nada debia borrar, pero al verme, vagó en sus labios esa sonrisa característica que le distingue, y me dijo: «Me alegro mucho de veros, mas no puedo daros la mano porque las tengo llenas de grasa.»

Garibaldi comprendió bien pronto que no adelantaria nada en su nuevo oficio, quiso probar fortuna en el Oeste y abrió una tabaquería en Cincinnati, pero con los cigarros no le iba mejor que con las velas, de modo que abandonó tambien este último punto para trasladarse á California, donde esperaba encontrar alguna ocupacion mas lucrativa. Una vez allí, no obstante, pareciole que seria mas conveniente volver á su antigua profesion de marino, y nombrado capitan de un buque mercante, perteneciente á un ciudadano de la República del Perú, visitó varias ciudades del Atlántico y de las costas del Pacífico, así como tambien Inglaterra. Iba con mucha frecuencia á Shields y Newcastle, donde los generosos hijos de Albion demostraron que sabian apreciarle en lo que valia, y en esta última ciudad trabó conocimiento con el ciudadano Mr. Cowen, el cual le probó generosamente su sincera amistad, contribuyendo no poco á que sus patriotas dieran tambien al esforzado caudillo una muestra de su estimacion.

Cuando en 1864 visitó Garibaldi á Londres, hablaba siempre de Newcastle, de Mr. Cowen y del recibimiento que se le habia hecho, al cual estaba muy agradecido.

A principios de Marzo de 1854, el noble patriota italiano llegó al Tyne, mandando como capitan un bonito buque americano de unas mil toneladas, llamado el *Commonwealth*, y habiendose opuesto á que, segun costumbre, se hiciera demostracion alguna, pues así como todos los héroes, es tan modesto como valeroso, resolvióse en un *meeting*, celebrado por los *Amigos de la Libertad Europea*, dirigir al célebre capitan una manifestacion de simpatia, regalandole al propio tiempo una espada de honor y un telescopio. Cuando se comunicó al público este pensamiento, escitó un verdadero entusiasmo, y abierta al efecto una suscricion, presentábanse tantos á inscribirse, que se cubrió al momento. La espada, hecha por Mr. Heeley é hijo, de Birmingham, era magnífica, y tenia la empuñadura de oro, con la siguiente inscripcion: *Presentada al general Garibaldi por el pueblo de Tyneside y Amigos de la Libertad Europea.—Newcastle sobre el Tyne, 1854.* El telescopio, precioso instrumento construido por Mr. Juan English, contenia la misma dedicatoria.

La presentacion tuvo lugar á bordo del *Commonwealth* el dia 11 de Abril, es decir, el dia antes de hacerse á la vela Garibaldi; la Comision fué presentada por Mr. Cowen, y este pronunció el siguiente discurso cuando aquella hubo entregado su manifiesto.

«General: juntamente con el mensaje, os ruego acepteis esta espada y este telescopio; el valor intrinseco de dichos objetos es muy escaso, y para un gefe republicano que ha sabido escitar la admiracion de sus compatriotas en los campos de batalla, esta espada es mas bien un adorno que un arma ofensiva, pero cuando os diga que ha sido comprada con los peniques de algunos centenares de obreros, que han contribuido, no solo voluntariamente, sino con entusiasmo, y que cada penique representa un corazon amante de la libertad europea, creo que la juzgareis digna de vos.»

El general, conmovido ante aquella espontánea prueba de benevolencia, contestó lo siguiente:

«Señores: no hablo bastante bien el inglés para espresaros como

quisiera mi profundo agradecimiento por vuestras bondades; me honrais mas de lo que merezco, pues no me conceptúo digno de tanto favor, y recompensais con esceso los sacrificios que haya podido hacer en defensa de la libertad.

«Hombre del pueblo, así como vosotros, aprecio en alto grado esa prueba de vuestra estimacion, tanto mas cuanto que por ella me dais á conocer la simpatía que os inspira mi oprimido y desgraciado pais.

«Ignoro cuando podré pagaros esta deuda de reconocimiento, ni cuando me será dable luchar de nuevo por la libertad de mi pais, pero sí os aseguro que Italia será algun dia una gran nacion, y que sus ciudadanos independientes, sabrán apreciar en su valor las bondades y atenciones dispensadas á sus hijos, desterrados en amargos dias de tribulacion.

«Señores: hablaria mas, pero segun ya os he dicho no conozco bien vuestro idioma; podreis comprenderlo por mi vacilacion. Yo os doy las mas espresivas gracias por vuestro obsequio, y os aseguro, que cualesquiera que sean las vicisitudes de mi vida, no sacaré nunca esta espada como no sea para defender la causa de la libertad.»

Terminado el discurso, la Comision inspeccionó el buque, dirigiendo lisonjeras frases á la tripulacion, y despues de haberse despedido afectuosamente de su capitan, alejóse en el bote donde habia venido.

El director de la *Tribuna del Norte* publicó en el mes de Mayo de 1854 el siguiente párrafo:

«El *Commenwealth* es un hermoso buque de mil toneladas y muy velero; lleva cargamento de carbon con destino á Génova, y aunque mercante, podria armarse con facilidad en caso necesario. Navega bajo pabellon americano, pero los dueños del buque son naturales de Italia, así como tambien la tripulacion, compuesta en su mayor parte de emigrados que han combatido á las órdenes de Garibaldi en Roma y Montevideo. Todos esos hombres son muy inteligentes, y muchos de ellos, hijos de nobles familias; quizás formen algun dia el núcleo de una legion patriótica, y capitaneados por su heróico jefe, podrán aprovechar una oportunidad para medir sus armas con los tiránicos

opresores de su pais.... Italia ha depositado sus esperanzas en Garibaldi, y todos los verdaderos amigos de la libertad siguen sus pasos.»

Al hacerse á la vela el buque, Garibaldi dirigió á su nuevo amigo la siguiente carta:

A bordo del *Commonwealth*, embocadura del Tyne.

Abril, 12 de 1854.

«Mi querido Cowen: la generosa manifestacion de simpatía con que vos y vuestros compatriotas me habeis honrado, es mas que suficiente para recompensar los mayores méritos que pudiera contraer un hombre.

«Nacido y educado en la escuela de la libertad, todos mis esfuerzos, todos mis sacrificios se consagrarán á proclamar la independencia universal, *ora e sempre*.

«Inglaterra es una grande y poderosa nacion, que sin necesitar el auxilio de ninguna otra potencia, marcha la primera por la senda del progreso; enemiga del despotismo, es el único refugio seguro de los desterrados, así como la protectora de los oprimidos, y si alguna vez, por circunstancias estraordinarias, necesitára Inglaterra, vuestro pais natal, el socorro de un aliado, reniego de los italianos que no quieran seguirme para volar en su defensa.

«Vuestro Gobierno ha tenido al autócrata en jaque, dando á los austriacos una leccion; por eso están en contra vuestra los déspotas de Europa, mas si para luchar por una justa causa, reclamase alguna vez Inglaterra mis servicios, me hallará siempre dispuesto á utilizar la magnífica espada con que os habeis dignado obsequiarme.

«Sed el intérprete de mi profunda gratitud hácia vuestros buenos y generosos compatriotas.

«Siento muchísimo, siento en el alma marcharme sin tener el gusto de estrecharos de nuevo la mano.

«¡Adios! querido amigo, conservad de mí un recuerdo en vuestro corazon.

«Vuestro para siempre y en todas partes

«J. Garibaldi.

«Jos. Cowen, Jun. Blaydou Burn.

«P. S. En Rio de la Plata me batí en favor de los ingleses contra el tirano Rosas.»

Esta carta basta por sí sola para dar á conocer el caracter y sentimientos de Garibaldi.

El general iba con mucha frecuencia á Londres, y aquí nos parece oportuno hacer mencion de un incidente que le ocurrió en una de sus visitas, segun lo refiere un compatriota.

«Paseábame con el general y un caballero que habia sido diputado de la Cámara en 1848, cuando encontramos á un miembro del Parlamento inglés, hombre de opiniones muy liberales, el cual se empeñó en presentarnos á M. P. Este nos convidó cortesmente á comer, pero habiendo alegado que en aquel momento no le era posible fijar dia y hora porque necesitaba ir antes á su casa para saber que compromisos tendria, nos rogó que le diésemos nuestras señas. Hicímoslo así, y Garibaldi, con una naturalidad que nos hizo sonreir, escribió en un papel las suyas, que admiraron no poco al rico M. P. pues decian lo siguiente: «Balandra n.º—, Canal de Surrey, Rotheritte.» En efecto, el general se ocupaba entonces, no recuerdo si en cargar ó descargar ciertos géneros, y dormia en el barco donde estaban.»

Garibaldi no desdeñaba ningun trabajo por humilde que fuese, y en esto se parecia al gran Duque de Wellington, quien despues de mandar un ejército condescendió á ser jefe de brigada. Del mismo modo, Garibaldi que habia hecho las veces de almirante, no tenia á menos dormir en una balandra cuando sus deberes se lo exigian.

Debe advertirse que antes de esto, habia comprado la pequeña isla de Caprera, situada en la costa de Cerdeña, con objeto de retirarse á ella algun dia. Esta isla era antes propiedad de un inglés, que por mucho que la apreciase, no podia menos de reconocer que era muy poco productiva.

Tanto en América como en Europa, muchos hombres influyentes y ricos ofrecieron su apoyo á Garibaldi, pero su carácter independiente no le permitió aceptar nunca.

Desde que compró la isla de Caprera, siempre estaba Garibaldi en su retiro, escepto cuando se le llamaba para servir á su pais. Por espacio de algunos años, antes de la guerra de 1859, el general no

abandonó la salvaje, pero tranquila costa donde habia fijado su residencia, y terminada la lucha, volvió á vivir entre las cabras y las gaviotas, sin que nada bastára para disuadirle de su propósito. En 1862 sucedió lo mismo: despues de la batalla de Aspromonte, regresó á su solitario retiro, del cual no salia sino raras veces, y esto, para volver muy pronto. Seguramente, no todos nuestros lectores conocen la isla de Caprera, notable por haber fijado en ella Garibaldi su pequeña soberanía, y por lo tanto, creemos serán tan oportunos como interesantes los siguientes detalles que nos ha facilitado un amigo del célebre caudillo. Hélos aquí:

«Tuve el gusto de ver al general en su pequeña isla de rocas, donde recibia á las diputaciones, á los viajeros curiosos, y á los amigos de todas clases y categorías, para los cuales tenia siempre una palabra cariñosa, y las mas de las veces un recuerdo, consistente en un libro, una fotografía ó algun autógrafo. En las diversas veces que le visité, parecióme siempre un gran hombre, distinguiendose sobre todo por su modestia, por su carácter afable y bondadoso y por esa conversacion agradable que seduce y fascina á cuantos tienen el gusto de escucharla.

«Parece que en una de sus frecuentes escursiones, Garibaldi esploró la parte de la costa donde está situada Caprera, que es un espacio cubierto de enormes masas de granito. La isla era solitaria, árida y triste, pero cuando despues de haber vencido los obstáculos que á su marcha presentaba el terreno, cortado en todos sentidos por profundos barrancos y precipicios, llegó el general á la escarpada cima del Monte Telaihne, el panorama que se desarrollaba ante su vista, sedujo su poética imaginacion. Formando el punto culminante de aquellas inmensas moles de granito, y situado casi en el centro de una cadena de rocas, que muy escarpada por la parte que desemboca directamente en el mar, divide á Caprera en dos partes desiguales, el Monte Telaihne se eleva magestuosamente en medio de aquel paisaje, que ha llegado á ser famoso por la casita blanca que allí se encuentra, y en la cual ha fijado su residencia un grande hombre. Desde la cima de la montaña, Garibaldi vió á Cerdeña, Córcega, Madalena y San Estéfano, y un poco mas léjos, Monte Cristo, Capraja, Gorgona

y Elba, bañadas por las azules ondas del Mediterráneo. Poco despues, el general compró algunos acres de terreno para construir la morada adonde se habia propuesto retirarse.

«Sin embargo, el solo hecho de que se disfrutára de un magnífico punto de vista desde una montaña de difícil acceso, no esplica que Garibaldi eligiese aquel punto para fijar su residencia, y á no dudarlo, debieron inducirle á ello otras consideraciones, que él solo nos podia indicar, si bien deduje yo cuales eran, atendido el carácter, costumbres é ideas del general.

«No eran los desengaños los que le habian llevado allí, porque él es un hombre que nunca desespera, es un hombre de fé, *etsi fractus illabatur orbis;* no era tampoco el desprecio á sus semejantes, que en el corazon de Garibaldi no tenian cabida los resentimientos, y olvidaba generosamente las ofensas, era, á no dudarlo, que despues de los sucesos de Novara, de Roma y de Venecia, en 1849, no queria ser testigo de la humillacion de su país, pero no deseaba tampoco espatriarse, pues conveníale permanecer dentro del círculo de los acontecimientos á fin de velar por los intereses de la causa que defendia y prestar oportunamente sus servicios cuando lo exigiese el caso. Esta debió ser una, sino la principal de las razones que tuvo el general para establecerse en Caprera, y otra de ellas fué seguramente su aficion al mar, léjos del cual no podia Garibaldi vivir mucho tiempo, como no estuviese empeñado en alguna empresa en favor de la libertad.

«Cuando hubo esplorado la isla de Caprera y reconocido las ventajas que ofrecia aquel punto para un hombre, que como él, no deseaba alejarse mucho, pero tampoco estar presenciando diariamente las luchas políticas de su pais, y cuando vió que habia allí suficiente caza y pesca para vivir, todos los demas inconvenientes desaparecieron para el solitario huesped, sobre todo el pensar que acaso podria hacer algo en favor de la pobre isla, á fin de que encontráran en ella mas atractivos los que quisieran habitarla despues de él.

«Lo cierto es, que solo á Garibaldi le podia haber ocurrido hacer habitable la isla, y no dudo que está firmemente persuadido de que algun dia se convertirá en un lindo pueblecillo compuesto de pinto-

rescas cabañas con deliciosos jardines, pues mas de una vez le he visto contemplar con satisfaccion sus trabajos, y sonreir con aire protector cuando se le hablaba sobre este punto. Si su sueño se realiza, seguramente no habrá habido colonia que tenga tantos títulos para enorgullecerse de su fundador como la despoblada isla de Caprera.

«Y el hecho es tanto mas probable, cuanto que la importancia de la bahia de Madalena está perfectamente reconocida, y sin ir mas allá, el mismo Nelson declaró que era uno de los puertos de primera clase del Mediterráneo. Llévese á cabo la completa unidad de Italia, y Caprera será una de las principales estaciones para la armada Nacional, no solo por la profundidad de sus aguas, sino porque, por su situacion especial, podrán entrar y salir los buques libremente en todo tiempo, así como tambien resguardarse de los vientos en caso necesario. Admitido esto, y reconocidas las ventajas, solo seria ya cuestion de que los especuladores conviertan á Caprera en una isla fértil y habitable, en una especie de *villa* con bonitos paseos y verdes jardines, cuyas enramadas prestaran agradable sombra á la *morada del hermitaño*.

Tal era Caprera cuando la habitaba Garibaldi en 1859; en otro capítulo diremos lo que fué despues de los acontecimientos en que debia figurar el héroe como uno de los principales actores.

En aquel año memorable, Napoleon III, que poco á poco habia ido estrechando su amistad con el Piamonte, resolvió intervenir entre este y Austria. Los sucesos que dieron lugar á tal resultado no forman parte de la história de Garibaldi, sino de otros tres personages, que fueron, el Rey de Cerdeña, su ministro Cavour, y el Emperador Napoleon, y por lo tanto, nos limitaremos á decir aquí que el primero declaró la guerra al Austria, teniendo por aliado al tercero. El Emperador austriaco, que ignoraba aun las intenciones del soberano francés, tomó la ofensiva invadiendo los dominios de Cerdeña á la cabeza de un numeroso ejército, con una imponente artillería, de tal modo, que amenazaba poner fin al reinado de Víctor Manuel, y en aquellas circunstancias fué cuando el Rey y Cavour enviaron á buscar á Garibaldi á su solitario retiro. Al presentarse en la corte el valeroso

caudillo, pidiósele consejo y se solicitó su apoyo, revistiéndosele acto contínuo de la autoridad necesaria á fin de que prestára eficaces servicios, con lo cual se le abria el camino para continuar su gloriosa carrera y conquistar nuevos laureles.